

hacer redes y amacas de cabuya é nasas para pescar; é las mugeres son agrícolas é las que siembran, é van los hombres en su guarda, é caçan é pescan en tanto quellas siembran, ó cogen, ó entienden en las otras labores del campo; y son tantas las mugeres, que cada uno tiene como él quiere. Y tienen una costumbre en aqueste pueblo de Aruacay é otros muy notables; y es que quando algund huesped viene á casa de algund indio destes, demas de le dar de comer, como amigo lo mejor que él puede, le da la mas hermosa de sus mugeres que duerma con él, y otro buhio apartado en que se gasaje y huelgue con ella. Y si quando se parte, ella se quiere yr con el huesped forastero, es á su eleccion della, sin que su marido se lo estorbe; é si se quiere quedar, como primero estaba, no es por esso peor tractada ni mal mirada: antes paresçe que ha echado un grand cargo á su marido y obligádole á que mucho mas la quiera, assi por aver cumplido con el amigo su huesped, como en no le aver negado á él por el otro nuevo conocimiento.

Hay muchos papagayos de diversas maneras; pero unas aves hay muy hermosas en aquellas costas deste rio de Huyapari, muy mayores que cigüeñas y de aquella hechura en todo, assi en el pico como en las piernas y cuello, pero son todas blancas, y de la mitad del cuerpo arriba muy negras, é graznan mucho y reçio de noche, é óyense de muy lexos, y el cuello es muy luengo y las piernas. Y junto al pueblo de Aruacay hay una laguna de agua dulce de mas de seys leguas de circunferencia, y sale por un estero al rio de Huyapari: en la qual hay todos los pescados que en el rio, y assimesmo unos tan grandes ó mayores que uynas, que tienen en la frente un agujero por donde arrojan el agua en alto, y llámanse bufeos: su pescado es á

manera de vaca, y mátanlos con harpones en la laguna desde canoas, y tambien los matan en el rio, quando van los navios navegando, á los quales se allegan.

Estos indios son idólatras, é acostumbbran, quando alguno se muere, enterralle en su buhio, é háçenle una tumba de barro armada sobre palos, y ençima della ponen la figura del diablo del mesmo barro hecha, é una calabaza con vino del que es dicho, é una torta de caçabi.

Cierto tiempo despues convidan á los amigos y allegados é parientes, y cómo en oçequias, por dos ó tres dias continuos beben hasta que se embeodan, é vienen á esto pintados de negro de xagua ú otra semejante tinta de muchas labores sobre las carnes y en la cara. En el pueblo de Aruacay é aun en algunos pueblos de la provincia de Paria, se acostumbra entre los indios que, quando se ha de casar alguna moza vírgen, ha de dormir primero con ella é averla aquel su piache ó sacerdote, para que sea dichosa en el casamiento, y al otro dia siguiente se ha de entregar al marido, y no sin que esto se haga primero; y tienen los indios quantas mugeres quieren juntamente.

Entre las otras sus fiestas que en Aruacay se celebran, tienen los indios una muy principal que hacen desta manera. Juntanse todos los indios é indias embixados de roxo, é tambien otros de color negro é otras pinturas, é con todas sus joyas é penachos, é ponen una renglera de tinaxas de vino de mas de çiento é çinquenta de las del vino de caçabi que se ha dicho; y en medio de todas ellas ponen dos tinaxas mayores que todas las otras, que tienen por assas dos assientos, cada uno tan grande como un plato mediano de manjar y llano; y en aquellas assas ó llanos pónese de pié un indio en cada tinaxa de las dos embixado é galan, y relata alli todo lo que ha hecho en su vida y entiendo hacer de trançes de es-

fuerzo, é batallas personales; y lóase y diçe de sí mucho mas de lo que podia cumplir. Y desde se ha bien alabado, assi como da conclusion á sus loores, levántase otro indio reçio, que está diputado para aquello, con una tranca de bexuco é fiero açote pintado, é habla con él un poco espacio, diciéndole que en todo ha dicho mentira, y loádose de lo que él no será para hacer; y que para que el uno ó el otro sean creidos, que si él sufriere sin alguna mudança su disciplina é los açotes quél le daría, será bien que le crean, é que el pueblo ó república y su caçique sabrán que tienen en él un valiente varon, y que si assi no lo comporta, que quedará para bellaco y conocido por el que es. A lo qual el primero no replica palabra; y el otro le da entonces seys verdugaços, tales que en todo lo que alcança le saca sangre: é si lo sufre con buen ánimo, sin hacer alguna mudança en el rostro ni mostrar alguna flaqueça de coraçon, abaxa de alli y cùranle y lóanle

todos, y bebe él y todos ellos con mucho plaçer; porque les paresçe que tienen en él un Samson ú otro Hércules. Mas si se conosçe dél algund temor, ó dolor ó sentimiento, por poco que sea, échanle fuera de la borrachera, diciéndole que no es hombre ni para nada, é assi luego sube otro á las tinaxas y examinan su esfuerzo, y despues otro y otro por órden, con quien se hace lo mismo. Y en aqueste ayuntamiento se conçierta la paz ó la guerra, é lo que entienden hacer en las cosas de mas importancia y convinientes á su estado. Certificáronme algunos que aquello vieron de nuestros españoles, que algunos indios de aquellos que assi açotaban no hacian mas mudança que si fueran de mármol; antes mostraban plaçer, y tal avia que se reia aunque la sangre, como es dicho, le saltaba é corria por las piernas abaxo. É assi estaban aquellas assas de las tinaxas, sobre que estaban de piés, llenas de sangre.

CAPITULO IV.

Cómo el gobernador Diego de Ordaz se partió del pueblo de Aruacay y se fué á Paria y dexó el rio de Huyapari, alias Urinoco, para yr á buscar á Meta.

Acordó el capitan Diego de Ordaz de dexar á Huyapari, como se dixo en el capítulo de susso, y fuésse á Paria con determinacion de entrar por la tierra adentro desde el golpho de Cariaco, que es el confin de la gobernacion de los alemanes con lo que se dió á cargo al Ordaz; y dexó hecho un pueblo de chripstianos, al qual puso nombre la villa de Sant Miguel de Paria, con çient personas entre hombres é mugeres que alli hizo quedar con mucha importunacion é ruegos, por ser tierra de poco provecho en essa saçon. Y el gobernador y los demas se fueron la vuelta de Cariaco, que serian hasta çiento y ochenta hombres y

catorçe caballos; é los demas españoles quedaron en aquella villa, porque se ofresçió que estando para partir, dieron dos navios al través en la costa de los que avian de llevar la gente, por un temporal reçio, que vino por pronóstico de los trabaxos que esperaban. Y porque el gobernador yba algo enfermo, envió toda su gente ó la mayor parte de su armada con su alguacil mayor Alonso de Herrera á aquel golpho, é quedóse con treynta hombres para yrse en piraguas ó canoas grandes desde á ocho dias, como lo hizo. Y en el camino pensó perderse en la mar; mas al fin llegó á Cumaná que es una provincia de la Tierra-Firme, enfrente de

la isla de las Perlas que dicen *Cubagua*, é no halló á ninguno de los de su armada, que venian por mar y por tierra, sino los caballos en el campo é los navios al través en la costa. Allí en Cumaná está una fortaleza de Su Magestad, desde la qual le tiraron dos tiros de pólvora é no los quisieron acojer, é allí les dixeron que su gente la hallarian en *Cubagua*, porque los de aquella isla, sabiendo la venida de Ordaz que yban á poblar con aquella armada que llevaba Alonso de Herrera, su alguacil mayor, avian enviado gente á Cumaná para que no los dexassen poblar allí, diciendo que es suya aquella tierra: é pregonaron libertad á los de Ordaz, los quales por este pregon la mayor parte dellos, cansados de sus trabaxos se pasaron con los otros de *Cubagua*, porque avia dos años que padescian desde que salieron de España sin algund provecho; é alçándose, dexaron su capitan é se recogieron muchos dellos á la fortaleza, é los restantes todos se fueron á *Cubagua* con el armada que de aquella isla avia salido á la resistencia de los de Ordaz. Pues cómo Diego de Ordaz llegó é vido las cosas en tales términos, fuésse tambien á *Cubagua* á la cibdad que llaman la nueva *Cádiz*, penssando cobrar su gente é informarse de lo que les avia intervenido, é yba con él el thesorero Hierónimo Dortal; pero no fueron acogidos ni tractados como penssaban: antes hallaron presso á Alonso de Herrera é otros de su armada, é tambien prendieron al thesorero despues que llegó, por mandado de los alcaldes é justicias de *Cubagua*. É desde á pocos dias se partió de allí Diego de Ordaz para esta isla, en son de presso remitido á la Audiencia real que en esta cibdad de Sancto Domingo reside; y desde aquí fué á España á se quejar al Emperador, nuestro señor, del gobernador Antonio Sedeño é su gente é de los vecinos de *Cubagua*; é cargado de informaciones é testi-

monios, é mucho mas de trabaxos, y enfermo, se partió. Lo que ganó deste viaje fué que los que le siguieron los mas perdieron las vidas, y los que escaparon con ellas quedaron pobres y enfermos, y en estos destierros, y sin hacienda, y él quedó muy mal quisto con todos, por el mal subçesso que tuvo su empresa; é yendo como he dicho á Castilla, murió en la mar y en un seron lo echaron en ella: é de sus bienes é hacienda que tenia en la Nueva España, se hicieron ricos otros que ningund deber y amistad le tenian. É assi se acaba lo que con cobdiçia desordenada se funda y encamina.

Despues vino á esta cibdad de Sancto Domingo el thesorero Hierónimo Dortal, del qual y de otros que en todo lo que es dicho se hallaron fué informado: é desde aquí se fué á España á procurar el mismo cargo é gobernacion de Ordaz, para le subçeder en los trabaxos, deseoso de acabar de entender el fin de aquel salto del rio de Huyapari é los secretos de la riqueza de Meta. É Sus Magestades le hicieron su gobernador, y tornó á aquella tierra, donde se inovaron las contenciones de Antonio Sedeño, sin faltar al uno y al otro muchos trabaxos y desaventuras y á otros por su causa de entrambos, como se dirá adelante; porque en estas partes mas que en todas las del mundo, con el deseo del oro, andan tantas novedades acompañadas con estos que á tanto peligro le buscan, que de muertos ó perdidos los menos escapan. Y porque en el discurso destas historias y destes nuevos descubrimientos se han tractado y tractarán algunos motines y ruindades y feos hechos, mezclados con traiciones y deslealtades y poca constancia en algunos hombres que por acá han venido, no crea el lector que todos son españoles los que estos errores han hecho: que ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo que haya

chripstianos, assi de Italia como de Alemania y Escocia, é Inglaterra, y franceses, y úngaros, y polonios, é griegos, é portugueses y de todas las otras naciones de Asia y África é Europa; y tales que, como no traen la intencion guiada á la conversion de los indios ni á poblar é permanecer en la tierra mas de hasta alcançar oro y poder tener hacienda en qualquier forma que les pueda venir, posponen la vergüença, y la conciencia, y la verdad, y se aplican á todo fraude y homicidio, y se cometen innumerables fealdades. Y aunque no sean españoles todos los malhechores, como la mayor parte de los hombres que acá andan son de nuestra España, todo quanto mal suena se les atribuye á los de nuestra nacion; y es justo, pues que la justicia y el castigo está en su mano, y si esta no se executa alguna vez, es por estar estas tierras tan apartadas de la fuente de la justicia, que es el Emperador, nuestro señor, y su Consejo Real de Indias. Y porque como estos conquistadores y capitanes, quando acá vienen, no buscan los soldados de mejor conciencia ni conocidos, sino los primeros que topan ó les parece que mejor les ayudarán á robar y saquear, y unos pláticos y desalmados que nunca vieron ni conocieron; el uno porque dice que se halló en la batalla de Ravena, y el otro en la de Pavía, ó en el saco de Génova ó de Roma, y que más charlatan y desvergonçado es, y de aquestos tales hasta uno

solo para hacer malos á muchos. Y no mira el triste capitan sino en que traiga una pluma bien puesta y un arcabuz limpio, y un atavio de calças muy picadas, y con muchos papos de tafetan y enforros de seda y telas de brocado, para las quales se empeñan y malbaratan lo que tienen, penssando que vienen á tierra, que en llegando á ella, colmarán de barras de oro su cobdiçia.

Però si yo les oviesse de aconsejar y escoger essa gente, de otra manera se haria; y aun para lo de adelante podrian aprovecharse de lo que agora diré assi al capitan como al soldado, á los quales pido que con un poquito de atencion me oigan:

Señor capitan, entendedme y entendeos. Quando hicierdes alguna compania para venir á las Indias, y en espeçial en Sevilla, porque allí acuden á las gradas, debriades considerar primero el rostro de cada uno, y examinada la efigie, vereis parte de la vergüença. Y porque las señales exteriores os podrian enganar en la eleccion del soldado, debeis inquerir secretamente sus mañas, y cómo vive, y qué sabe hacer, y de qué nacion es: porque en aquel sagrado lugar no dexan unos de negar su patria y aun el proprio nombre, porque los dexen venir á estas partes. Y no os parezca tan bien ser alto de cuerpo y traer una barba bien peinada, como ser virtuoso y de buena casta y hombres llanos y

1 El primer cronista de las Indias alude aquí á la costumbre inmemorial de acudir á la iglesia metropolitana de Sevilla, para celebrar en ella todo linage de contratos, lo qual cundió tambien al enganche y ajuste de los soldados, que pasaban á América, quienes se situaban en las gradas, patio de los naranjos y puertas de la catedral. Respecto del primer punto recordaremos aquí lo que un escritor coetáneo de Oviedo, y á quien este cita mas de una vez, decia con tal propósito. Suponia el magnífico caballero Pero de Mejia, en sus *Coloquios*, que uno de los interlocutores iba á oír misa á la catedral, y otro le decia: «ARNALDO: Eso ya no será TOMO II.

»por devocion, sino por buscar conversacion, porque allí nunca falta.—BALTASAR: Sea por lo que quieres: nunca falta allí con quien hablar y de quien sepais nuevas, si las hay, y si teneis negocios, con quien los trateis: de manera que para lo de Dios y para lo del mundo, parece que es un hombre obligado á venir á esta iglesia una vez al dia.» (Coloquio I del Convite, ed. de Sevilla, 1570.) Los soldados esperaban fuera del templo el resultado de las conferencias que mercaderes y capitanes celebraban dentro; conferencias de que salian generalmente las empresas y expediciones de América.